

Archivo Histórico de Jalisco Departamento de Investigación y Divulgación

El Tiempo
Jalisco



Año VII • Núm. 20 • marzo 2012

Índice



3

Editorial

Dirección del Archivo Histórico de Jalisco

4

Línea del tiempo

5

Introducción

6

La Batalla del Puente Calderón

8

La Consumación de la Independencia en la Intendencia de Guadalajara

13

La lucha por el federalismo en el Jalisco de comienzos del siglo XIX



Editorial



El presente número de la revista electrónica destaca dos acontecimientos claves en la biografía histórica de Jalisco: la consumación de la independencia y la creación del estado libre y soberano de Jalisco. En ambos episodios históricos, los jaliscienses se mostraron firmes y decididos defensores no sólo de la libertad y autonomía de su tierra; también reclamaron y defendieron los mismos derechos y trato para el resto de las entidades federativas que conformaban la República. Ningún estado como Jalisco luchó por la instauración de un auténtico régimen federalista, el que los poderes del centro vieran restringida su inferencia e influencia en los estados, obligados por un régimen constitucional estructurado por los principios federalistas y republicanos.

En el primer apartado de nuestra revista se reseña la salida de José de la Cruz del gobierno de la Provincia de Guadalajara tras la proclamación de la Independencia (proclama adelantada y regional) del Brigadier Pedro Celestino Negrete. En su segunda parte, describe brevemente el conflicto y la lucha política, más que militar, que libró el gobernador Luis Quintanar y el triunvirato que asumió el poder ejecutivo de la nación (Negrete, Guadalupe Victoria y Nicolás Bravo). En esta confrontación, Jalisco logró erigirse como un estado libre y soberano y forzó a los poderes del centro a adoptar el modelo federal para toda la nación.

Esperamos que la revista sea, como las anteriores, de interés para todo público; y que contribuya a comprender un fragmento de gran relevancia y trascendencia en la historia de Jalisco, acontecimientos que cimentaron el entonces futuro y el ahora presente de la nación mexicana y de las entidades federativas que la conforman.

Dejamos la presente entrega del Tiempo Jalisco a su consideración en espera de sus comentarios y aportación respecto a sus contenidos.

Dirección del Archivo Histórico de Jalisco



Linea del Tiempo

La consumación de la Independencia en Jalisco y los comienzos de la lucha por el federalismo en México

17 de enero de 1811

Insurgentes y realistas escenifican la Batalla de Puente de Calderón que pone fin al levantamiento de Miguel Hidalgo y Costilla.

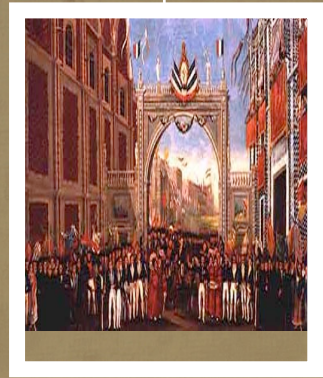


12 de junio de 1821

El Brigadier Pedro Celestino Negrete proclama en San Pedro Tlaquepaque la Independencia de México para los territorios de la antes Nueva Galicia (Jalisco, Nayarit y Colima).



17 de septiembre de 1821
consumación de la Independencia de México.



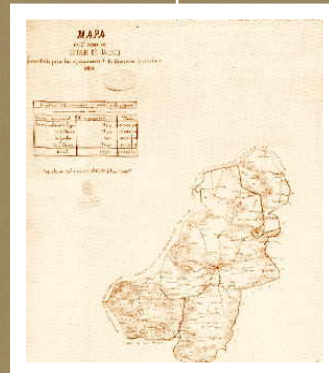
El 16 de junio de 1823

la diputación provincial lanzó la promulgación del Estado Libre de Jalisco.



El 4 de julio de 1823

Anastasio Brizuela tomó Colima y, con el consentimiento de sus autoridades, proclamó su separación de Jalisco y erección como estado.



Introducción

La participación de Jalisco en el proceso de Independencia tuvo pasajes notables y ejemplares a lo largo de los diez años que duró la gesta insurgente: como el protagonizado por los indios rebeldes de la Isla de Mezcala. Pero fue durante los últimos años de la lucha independentista que Jalisco destacó no sólo por la intervención de sus hijos en la consumación de la libertad de la patria. Lograda esta anhelada aspiración del pueblo mexicano, las tierras jaliscienses escenificaron un episodio de la historia nacional cuyo eje de conflicto partió de la Independencia y desembocó en la gestación de la nueva nación: se trató, dicho con todas sus letras, de la lucha por la formación de una república federalista.

El proceso de darle a México una conformación política de tipo federalista implicó extenderle a los estados libertades y compromisos, enmarcadas dentro de los principios de la autonomía y la unión. Establecer la unidad de los estados bajo un modelo federalista y el hacer respetar su autonomía por parte de los poderes centrales cerró o le dio culminación, en cierta forma, a la aspiración insurgente de construir un estado mexicano independiente y además respetuoso de la libertad en todas sus escalas: individual y social.



El brigadier don José de la Cruz

Retrato del último gobernador de la Nueva Galicia al servicio de la Corona española: José de la Cruz.

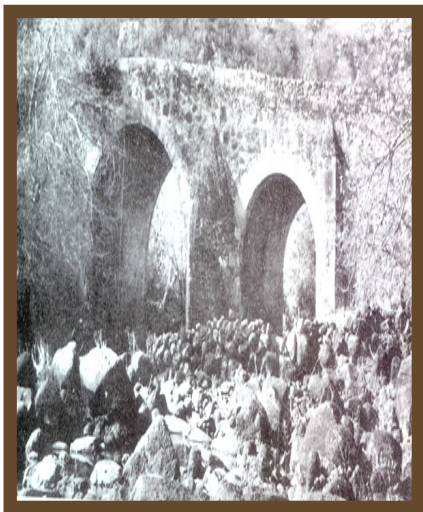
En este sentido, los jaliscienses no tardaron en protestar, con las ideas y las armas, cuando el despotismo centralista de orden militar o monárquico intentó consolidarse bajo las viejas estructuras políticas heredadas de la dominación española. Pero ¿cómo inició la lucha por superar los rezagos políticos generados por centurias de dominación y vasallaje colonial? En el caso de Jalisco, esta lucha por una mayor igualdad y libertad para los individuos y los estados comenzó en el ocaso del México virreinal.

El último virrey, Juan de O'Donoju estaba por firmar los Tratados de Córdoba reconociendo la separación de México del agónico Imperio español. En la Nueva Galicia, el último hombre que gobernó en nombre del rey de España fue el general realista José de la Cruz. De la Cruz jugó un papel destacado en la lucha contra los insurgentes. Él pertenecía al bando contrario y destacó como un acérrimo enemigo de la Independencia. Desde la otra trinchera, asumió un papel protagónico en los hechos que estaban por consumarse. De entrada, podemos decir, por ejemplo, que el general realista y futuro virrey, Félix María Calleja, apresuró la batalla de Puente de Calderón, sólo para no compartir con De la Cruz la gloria de acabar con la revolución iniciada por el Cura de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla. En efecto, De la Cruz llegó tarde a la cita; sin embargo, en los años sucesivos, ya lejos de la sombra de Calleja, cosechó un sinfín de éxitos como militar y gobernador.

José de la Cruz nació en Salamanca en el año de 1776. Iniciada la ocupación napoleónica de su patria, en 1808, combatió a los franceses con cierta fortuna; pero sus días de gloria vendrán después, en menos de dos años ascendió a brigadier, según refiere el historiador Luis Pérez Verdía. De España se lo trajo consigo Francisco Javier Venegas, quien sustituía en el cargo de virrey de la Nueva España, al arzobispo Francisco Javier Lizana.

Venía el Brigadier con el nombramiento de inspector del ejército, pero el clima de insurrección que se vivía en aquellos entonces, forzaron al Virrey a darle otro encargo. Lo puso al frente de una división de reserva de 2 mil hombres. Con ellos inició su participación en la Guerra de Independencia. Sus todavía no reconocidas dotes militares afloraron.

Casi recién desembarcado, partió con su división con rumbo a Huichapan y en las inmediaciones derrota al insurgente Julián Villagrán. Su primer triunfo no será el único. Sale para Valladolid con la mira puesta en reunir sus tropas con las de Calleja, quien se disponía a enfrentar al numeroso y desorganizado ejército de Hidalgo e Ignacio Allende en Puente de Calderón.



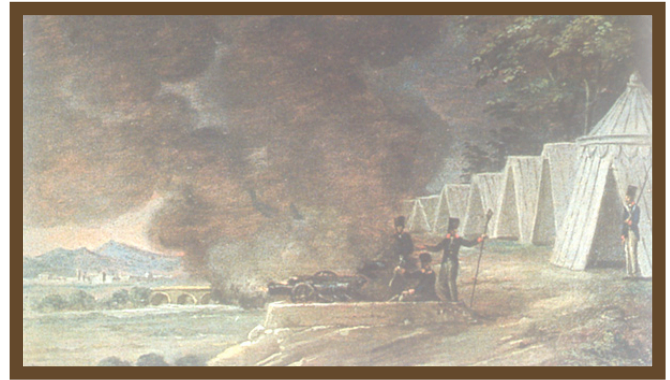
El Puente de Calderón. Imagen tomada del libro: *La ruta del padre de la patria*, México, SEGOB, 1994, p. 336. El Puente está ubicado dentro del municipio de Zapotlanejo a unos 60 kilómetros al este de la ciudad de Guadalajara.

La Batalla de Puente de Calderón

La batalla de puente de Calderón bien merece una mención aparte. Como lo consigna la historia, tras fracasar en su intento de tomar la capital, Hidalgo y Allende, cada quien por su lado, se refugiaron en Jalisco. Los desencuentros y las diferencias entre los jefes máximos de la insurrección se acrecentaban. Allende culpó al Cura de Dolores de las derrotas sufridas en las anteriores campañas, argumentado que estas eran resultado de sus malas decisiones y estrategias.

Mientras tanto, Félix María Calleja, entonces general en jefe de las fuerzas realistas, salió con su ejército de Lagos para enfrentarse con las numerosas fuerzas de Hidalgo. En otro escenario de combate, Ruperto Mier

intentó cerrarle el paso al general José de la Cruz, en Urepetiro, Michoacán. Derrotado en su intento, no logró frenar a aquellas fuerzas realistas que apuraban el paso para sumarse al ejército de Calleja.

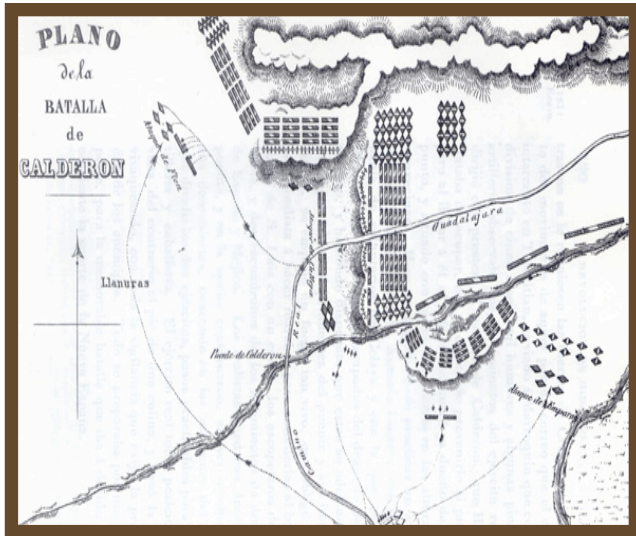


Batalla de Puente de Calderón, óleo, siglo XIX, Museo Nacional de Historia. Imagen tomada de: Jean Meyer, Hidalgo, México, Editorial Clío, 1996, p. 53.

Antes de salir para el Puente de Calderón, los principales caudillos insurgentes se reunieron en consejo. Allende intentó persuadirlos de evitar el enfrentamiento con las fuerzas realistas. Hidalgo lo refutó y convenció a la junta para atacar con toda prisa a Calleja antes de que éste lograra reunirse con De la Cruz.

Calleja tenía otros planes. Sin darle tiempo a De la Cruz para que lo alcanzara, salió con celeridad de Tepatitlán, el 16. Para las últimas horas de la tarde llegó a un paraje llamado La Joya desde donde pudo contemplar al numeroso y variopinto ejército de Hidalgo.

Al amanecer del 17 de enero de 1811, los combatientes y cañones de ambos ejércitos estaban ya en sus posiciones. La primera en iniciar el ataque fue la columna del Conde de la Cadena (Manuel de Flon). Al frente de su tropa, vadeó el río y se batió con brío contra las divisiones del Amo Torres, siendo rechazado en dos ocasiones y perdiendo gran cantidad de hombres. Por su parte, Miguel Amparán avanzó a galope con su columna hasta cerca del margen derecho donde sus valientes dragones (jinetes de elite) fueron recibidos por un tupido fuego que los obligó a retroceder dejando tras de sí numerosos muertos y heridos, entre los que estaban el propio Amparán.



Plano de la Batalla de Calderón. Imagen tomada de: Lucas Alamán, Historia de México, tomo 2, México, FCE/ICH, 1985, p. 122.

Tomó su lugar el coronel de la columna y dirigió la desbandada realista hasta el campamento de La Joya. El único que lograba abrirse paso fue el propio Calleja, quien al frente de la columna del centro y con seis cañones atravesó el puente y tras franquearlo arrolló literalmente a una numerosa avanzada insurgente que salía a su encuentro.

En aquellos momentos, la batalla parecía perdida para los realistas. No obstante el tesón y valor de Calleja no sucumbían ante el desastre de sus armas. La gran batería (o formación de piezas de artillería) dispuesta por los insurgentes rechazaba por tercera vez las arremetidas de la columna de Flon; Calleja le envió refuerzos; sin embargo, las fuerzas realistas del Conde de la Cadena se vieron obligadas a replegarse ante la erupción de bombas y granadas vertida por los 67 cañones insurgentes.



Pintura que recrea la Batalla de Calderón. Fuente desconocida.

Después de seis horas de combate, la victoria parecía segura para los insurgentes. La estrategia de Hidalgo, la de apostarle al número de hombres y de cañones, estaba dando resultado. ¿Se había equivocado Allende al desconfiar de la improvisada e indisciplinada tropa insurgente? Parecía que sí, al menos de momento.

Pero, un golpe de suerte le dio un giro inesperado a la batalla. Calleja ordenó que los diez cañones de su ejército se formaran en batería y con ellos marchó con parte de su tropa hasta las líneas enemigas. La artillería insurgente respondió al ataque realista con un nuevo diluvio de fuego. Los artilleros españoles se vieron forzados a apuntar sus cañones con dirección a la batería enemiga.

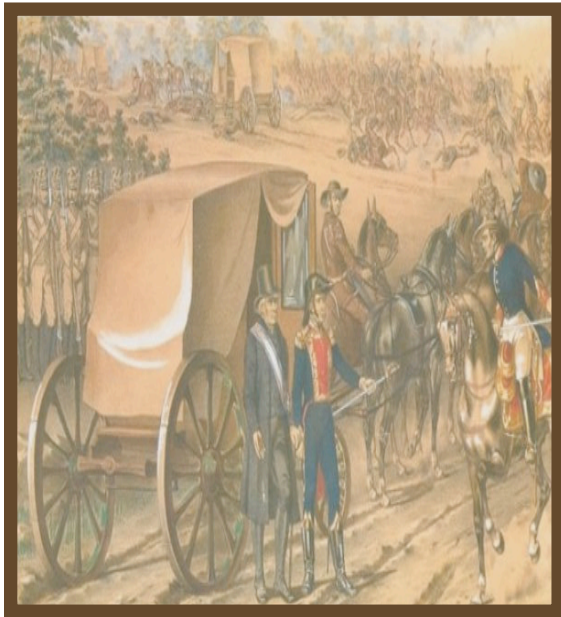
Una descarga de aquellos cañones venía firmada por el Destino. Una de las granadas realistas cayó y detonó en un carro de municiones situado en medio de la división insurgente, formada de tras de la gran batería o erizo de artillería insurgente. Su estallido fue tan estrepitoso que el miedo cundió rápidamente entre las tropas del Cura Hidalgo.

Observando el desconcierto y desorden en que se encontraba aquella tropa agrupada en la meseta de la loma, Calleja no titubeó y la atacó con sus columnas. A galope la caballería realista arrolló a los insurgentes. La artillería de Calleja completó el trabajo de ponerlos en desbanda.

Los insurgentes de las lomas fueron sorprendidos y cayeron por cientos ante el fuego realista; corrieron atropellándose entre ellos por las laderas de las lomas e inundaron la llanura arrastrando a su paso a la reserva.

Un ejército que sumaba en sus filas millares, se desmoronó en unas pocas horas; la mayor parte de los efectivos insurgentes rompieron filas; las desbandada se generalizó; los realistas capturaron a muchos y les dieron el trato de traidores. Hidalgo y su estado mayor logró huir en medio de confusión custodiado por una pequeña escolta. Atrás dejaba un campo sembrado de cadáveres; y aunque carecía de recursos para levantar un nuevo ejército, el Cura de Dolores confiaba en que los Estados Unidos le darían refugio y apoyo para recontinuar la lucha. Con esta esperanza enfiló para el norte tomando camino por Aguascalientes.

Mientras Hidalgo marchaba rumbo a otras tierras a



Padre José María Mercado. imagen tomada del libro: José Manuel Villalpando, En Pie de Guerra, México, Clío, 1997, p 27

sembrar nuevas esperanzas para su causa libertaria; Calleja, en cambio, se disponía a cosechar los honores y la gloria de su victoria. El 21 de enero por la mañana, ingresaba triunfante a la ciudad de Guadalajara. En la tarde se presentó De la Cruz, en un acto de caballería militar, le cede el mando a Calleja, a pesar de que a éste le tocaba, por tener más tiempo, el grado de Brigadier. El gesto le fue recompensado. El Virrey lo felicita y al siguiente mes lo nombró gobernador de la Nueva Galicia.

Con la derrota de Puente de Calderón, la antorcha insurgente parecía apagarse súbitamente, al menos en Jalisco. En efecto, las tropas realistas marcharon rumbo a Tepic y San Blas, plazas dominadas por el insurgente hidalguista José María Mercado, cura del pueblo de Ahualulco. Mercado secundó a José Antonio Torres en su campaña por arrebatarle a los realistas la Intendencia de Guadalajara, antes Nueva Galicia. Comisionado por Torres partió a las costas neogallegas y logró apoderarse de las importantes plazas de Tepic y San Blas.

La Consumación de la Independencia en la Intendencia de Guadalajara



Mapa de la Intendencia de Guadalajara.

Mercado pasa a la historia de Jalisco y de México como uno de los más cercanos e importantes colaboradores de Hidalgo, durante los pocos meses que despachó como jefe de la insurgencia en la Capital Tapatía.

Con la derrota de Hidalgo en Puente de Calderón, la situación del "Amo Torres" y la de Mercado se vio muy comprometida. Ambos héroes insurgentes no pudieron resistir por mucho tiempo la contraofensiva realista y terminaron, en cosa de unos meses, apresados y muertos por sus enemigos.

Por otro lado, en la toma de San Blas, De la Cruz no gastó mucha pólvora ni municiones, la suerte estuvo de su lado. No tuvo mayores contratiempos, salvo el combate en el que se enfrentó con una fuerza de mil a los 500 indios de Juan José Zea, en la barranca cercana a Taray.

En San Blas, el cura Nicolás Santos Verdía fraguó una conspiración en contra de los insurgentes que dominaban la región, la cual culminó con la captura y muerte del cura de Ahualulco. Un hecho similar aconteció en Tepic, a donde llegó el Brigadier el 8 de febrero. El 12 estaba en San Blas, de allí partió de vuelta a Tepic para dirigirse a Guadalajara y asumir el cargo de gobernador de la Nueva Galicia que le concedió el Virrey. Pérez Verdía señala que el nombramiento carecía de legitimidad: “la Nueva Galicia era independiente de la Nueva España y jamás los virreyes habían tenido en su gobierno intervención directa”.



Retrato del héroe independentista José Antonio “el Amo Torres”. Fuente desconocida.

Después de Mercado, el siguiente en caer fue José Antonio Torres. Tras su captura, Torres fue llevado a Guadalajara el 11 de mayo. Amarrado a una carreta, el caudillo insurgente llegó hasta los tribunales para ser juzgado sumariamente por sus “crímenes”. Al día siguiente, la Junta de Seguridad dictó sentencia: Antonio Torres quedaba condenado a la horca, acusado de traición al rey y de sedición.

Torres tuvo que escuchar una interminable lista de cargos en su contra: las autoridades le recriminaron secundar la causa de un hereje y desleal como Hidalgo; de sumir a la Capital Tapatía, durante los meses que la ocupó, en la anarquía y el terror; y además le señalaron el haber extendido la sedición al resto de la región, encomendándole a su propio hijo, José Antonio, y a Rafael Arteaga la toma de Colima y al cura Mercado la de Tepic y San Blas.

Hasta de necio lo acusaron por no haber abandonado la lucha después de la derrota de Puente de Calderón; en efecto, su antes numeroso ejército se redujo a una mal armada gavilla con la que continuó presentándole pelea a los realistas hasta su aprehensión.

El 23 de mayo, en la plaza Venegas, se dio cumplimiento a la sentencia ejecutoria, se dispuso una horca lo doble de alto, de ella pendió la maltrecha humanidad del héroe insurgente. Tres horas después bajaron el cuerpo del “Amo Torres”, le cortaron la cabeza y la clavaron en la horca.

Como lo dictaba la sentencia, lo que restaba del “Amo Torres” fue descuartizado: el cuarto del brazo derecho fue llevado a Zacoalco y fijado a un madero; el otro terminó clavado en la horca de la garita de Mexicaltzingo. Los despojos restantes fueron colocados de igual manera en la del Carmen y en el bajío de San Pedro. Pasados cuarenta días, su mutilado cuerpo fue quemado y sus cenizas esparcidas al viento.



Fotografía del fortín de la Isla de Mezcala. Foto personal.

A pesar de la caída de Torres y de Mercado, la insurgencia continuó en el occidente de México, aunque con tintes más locales. Destacan el ejemplo de los indios de la isla de Mezcala; quienes dieron la pelea en la Laguna de Chapala. Los guerreros de Santa Anna resistieron tenazmente a los españoles hasta que se acogieron al armistio del gobernador. El acuerdo, por demás conciliador, los dejó dueños y soberanos de sus tierras y libres, además, de todo cargo judicial.

Por su parte, De la Cruz afianzó el dominio realista o español en la Nueva Galicia; pero ni todo su genio militar y político le alcanzó para resistir al último de los movimientos independentistas el que, por cierto, le dio la estocada de muerte al régimen colonial. La peor de sus derrotas la sufrió no en el campo de batalla, sino en el terreno de los ideales políticos. La mayoría de sus oficiales y soldados no compartían su lealtad a España. En cambio, las ideas enarboladas por Agustín de Iturbide, esas tres promesas que el Libertador representó en los colores de la bandera trigarante: "religión, libertad e independencia" fueron acogidas sin esfuerzo. Ellas sintetizaban los más profundos y verdaderos anhelos de los mexicanos: militares, civiles o clérigos.



Pintura ecuestre y alegórica del Emperador Don Agustín de Iturbide.

Aparece entonces, en esta saga libertaria, otro militar realista, el brigadier Pedro Celestino Negrete. Negrete había combatido con ahínco a los insurgentes; era un oficial realista de alto rango y probada lealtad; pero, como muchos de sus compañeros de armas, en cuanto se presentó la oportunidad, desertó para apoyar a Iturbide en su lucha por la Independencia.

Las fuerzas iturbidistas se habían apoderado, sin disparar una sola bala, de Valladolid, hoy Morelia capital de Michoacán. Tras esta victoria, Iturbide recibió buenas noticias de la Nueva Galicia. Antes de iniciar su campaña en las tierras michoacanas, se entrevistó con el general De la Cruz, comandante



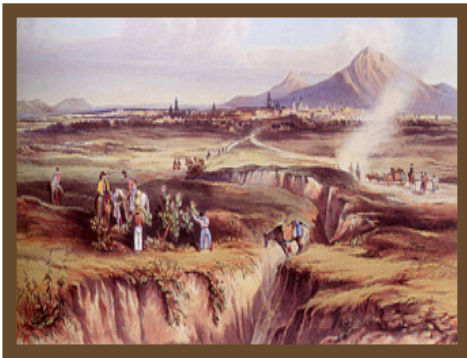
Otro de ellos fue Luis Quintanar, Comandante de las fuerzas realistas.

y jefe político de la Intendencia de Guadalajara, invitándolo a sumarse a la causa independentista. Nada decidió el General y mantuvo una posición neutral. En cambio, Negrete hacía preparativos para apoyar la causa, sin haberse pronunciado siquiera. En la villa cercana a Guadalajara conocida como San Pedro Tlaquepaque, reunió una fuerza importante y desde allí daba instrucciones al coronel José Antonio Andrade y al capitán Eduardo Lariz, militares realistas que permanecían dentro de la ciudad a la espera de que Negrete les ordenara defecionar o pronunciarse a favor de la independencia.

Andrade capitaneaba una parte del regimiento de dragones de la Nueva Galicia y Lariz, por su parte, resguardaba la artillería depositada en la Casa de Misericordia. Para evitar cualquier acción aventurada que complicara el pronunciamiento, Negrete les aconsejó a los oficiales tener paciencia y aguardar; precipitarse resultaba riesgoso por el momento. De la Cruz aún disponía de las fuerzas de Hermenegildo Revuelta, las cuales se encontraban a poca distancia. Al final ganó la impaciencia sobre la prudencia. El Brigadier no tuvo más remedio que disponer para el 16 de junio el pronunciamiento; mas el ansia de los militares realistas desafectos fue tan grande que la fecha tuvo que adelantarse cuatro días.

Y así fue. A la voz de "Independencia o muerte", la tarde del 12 de junio de 1821, en San Pedro, el brigadier Pedro Celestino Negrete reunió a la oficialidad de su división para decretar la independencia de México en los territorios de la Intendencia de Guadalajara. Al día siguiente, según refiere Pérez Verdía, se volvieron a reunir a las diez de la mañana para jurar el Plan de Iguala, en la casa de un señor de apellido Kunhardt, ubicada en la calle principal.

El primer paso estaba dado. El tren de la historia siguió su marcha. Tras conocer la noticia, Lariz dispuso que la artillería bajo su custodia y preparada para contener cualquier sublevación o motín fuera reubicada para protegerse de la guarnición de la ciudad por si ésta se decidía a atacarlos, mas ocurrió lo contrario. Los soldados que conformaban la guarnición, alentados por Andrade, proclamaron también la independencia y se unieron a las fuerzas de Lariz.



Guadalajara. Litografía acuarelada de D. Th. Egerton, Views of Mexico, Londres, 1840. Imagen tomada del libro: Enrique González Pedrero, País de un solo hombre, el México de Santa Anna. "La sociedad del fuego cruzado 1829-1836", v. 2, México, FCE, 2003, s/p.

Rodeado de enemigos o desleales, sin percatarse de su total abandono, De la Cruz, el otrora campeón en la lucha contra la insurgencia, se dirigió al hospicio con la esperanza de activar y movilizar sus últimas armas y hombres; con ellos pretendía sofocar el motín popular. Pero todas las puertas se le cerraron al General. Sin faltar a la cortesía que los rangos demandan, sobre todo entre militares de honor, Lariz recibió a De la Cruz y en términos respetuosos "le pidió que se retirara porque no era ya obedecido".

La tan predecible proclama de Negrete se dio; el último gobernador virreinal de Jalisco recibió un comunicado firmado por el propio Brigadier el día 13. Le informaba que pasaría esa misma tarde con su división a proclamar y jurar la independencia en la ciudad, con toda solemnidad.

De la Cruz dirigió sus pasos a Zapopan, después partió rumbo a Aguascalientes y de allí a Zacatecas hasta llegar a Durango; donde reunió nuevas tropas para contener el avance de los trigarantes. Con su ausencia, los iturbidistas tomaron el mando de la ciudad. Antonio Gutiérrez de Ulloa asumió la autoridad

en calidad de intendente y jefe político superior; reunió a la diputación provincial en Palacio para leer la proclama de Negrete y en conjunto acordaron mandar una comitiva para recibir al Brigadier.

El gobierno de Gutiérrez de Ulloa duró pocas horas, las que demoró en llegar Negrete de San Pedro con su división y jurar como jefe superior político de la Nueva Galicia. En su entrada triunfal lo acompañó Andrade junto con su tropa. En las calles, la gente se agolpó para ovacionar a las tropas libertadoras y a la independencia; en aquella tarde, miles de voces corearon el nombre de Negrete y el de Lariz.

Según refiere el historiador Luis Pérez Verdía, al día siguiente, a los ocho de la mañana, la diputación provincial, la Audiencia, el Ayuntamiento y las corporaciones civiles y eclesiásticas se reunieron a jurar con toda solemnidad el Plan de Iguala. Citando el acta de la diputación provincial, el historiador aclara que el juramento se hizo en los siguientes términos:

¿Juráis por Dios y los Santos Evangelios no reconocer otra religión que la Católica, Apostólica y Romana?

¿Juráis obedecer el Gobierno Independiente con arreglo al Plan del Sor. Coronel D. Agustín de Iturbide, primer jefe del Ejército de las Tres Garantías, que establece la fidelidad al Rey y la Unión de todos los habitantes de esta Nueva España?

En este mismo acto el Brigadier fue nombrado jefe superior político y como su sustituto, en caso de ausencia, se designó al propio Andrade. Sujetándonos a estos datos, podemos afirmar que Celestino Negrete, a partir del día siguiente de su entrada a Guadalajara y por designio de los representantes y autoridades de la provincia, asumió y ejerció, con toda legitimidad y formalidad, el cargo de jefe o si se prefiere de gobernador de la antes Nueva Galicia o Intendencia de Guadalajara.

También el historiador Lucas Alamán menciona en su obra los anteriores eventos. Precisa que, para realizar con toda solemnidad el juramento, se colocó con anticipación en la plaza principal una mesa con un Santo Cristo y un misal. No señala la fecha ni la hora en que éste se realizó; se concreta con decir que como en Iguala, las autoridades militares y políticas realizaron el patriótico juramento: primero lo hicieron los soldados y oficiales (obviamente ante su Brigadier) y después



Ilustración que recrea la entrada triunfal del ejército trigarante a la Ciudad de México. Fuente desconocida.

los diputados, las autoridades del ayuntamiento y el intendente.

Aunque Alamán no dé con precisión la fecha de esta ceremonia, sí menciona un hecho omitido por Verdía: en aquel memorable día, Negrete dirigió una proclama a todos los habitantes de la Nueva Galicia. El documento exaltaba los ideales patrióticos y libertarios del ejército trigarante. En una de sus líneas, citada por Alamán, se evidencia la adhesión del Brigadier al credo político iturbidista al señalar que:

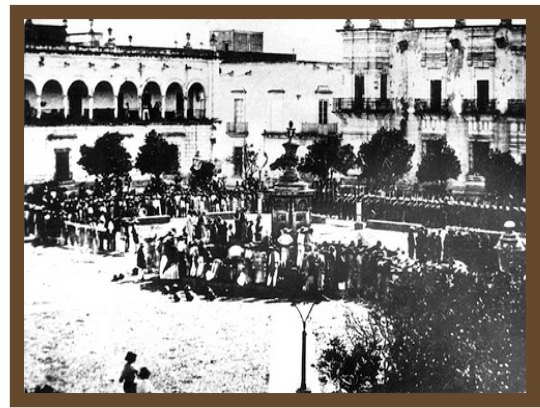
Las tropas han jurado al Todopoderoso, sostener con su sangre la santa religión de nuestros padres, los derechos del rey, la independencia y la unión, todo bajo el plan del primer jefe del ejército de las Tres Garantías...

Si el gobierno de Celestino Negrete no duró más de semana y media se debió a su premura por liquidar la amenaza que representaba José de la Cruz, quien, como ya se mencionó, cosechó fama y honores gracias a su exitosa lucha contra la insurgencia local.

El respeto que le tenían los ahora oficiales iturbidistas y la esperanza que abrigó el Libertador respecto a su posible aceptación del *Plan de Iguala*, le facilitaron a De la Cruz su huida de Guadalajara. Pero ni su prestigio ni rango intimidaron a Negrete, a quien los historiadores califican de hombre de ideas liberales o avanzadas como lo demostró en sus actos de gobierno. Pocas fueron en realidad las acciones de gobierno que alcanzó a realizar antes de salir en persecución del general realista.

Con esta preocupación en mente, mandó publicar un bando en el que ordenaba se hiciera pública la proclama de la independencia. En cumplimiento de esta

disposición, el 23 del mes en turno, volvieron a reunirse en palacio el jefe superior, la audiencia, el ayuntamiento y las demás corporaciones. Acompañadas de la tropa y el oficialato, las autoridades salieron, entre salvas de artillería, repique de campanas y música, con rumbo a cuatro tablados dispuestos en la plaza de armas, la plazuela de la universidad, la plaza Venegas y en la Soledad. En este último punto, según refiere Pérez Verdía, el alcalde 1º, Benito Domínguez, efectuó la proclamación en medio de una algarabía popular que estalló en aplausos y gritos festivos.



Fotografía de época de la Plaza de Armas, de la ciudad de Guadalajara.

En la catedral de Guadalajara, el canónigo de Oaxaca, José de San Martín, celebró una misa de acción de gracias. En su sermón, subrayó que la lucha por la independencia tuvo un carácter religioso, decir, una de las intenciones y metas era proteger a la Iglesia de los ataques de sus enemigos.

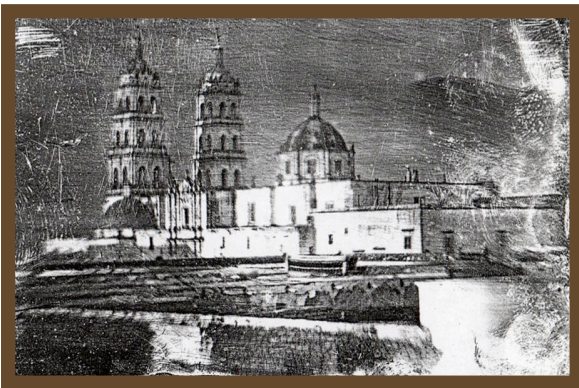
Poco a poco, todos los pueblos y comunidades de la intendencia tomaron partido por la independencia; la única voz disonante fue San Blas. Sus marineros, muchos de ellos españoles, se mantenían fieles a la "Madre Patria". En la Intendencia de Guadalajara era el último valuarte o reducto de la causa realista o española; para vencerlo, Negrete envió al capitán Lariz, quien, el 25 de julio, al frente de una columna, obligó a los marineros españoles a rendirse.

Como se menciona en el apartado anterior, el Brigadier estaba más que dispuesto a cumplir lo dicho a Iturbide: que no descansaría hasta no asegurar el avance alcanzado en la intendencia y esto, a su forma de ver, no se lograría: "si no arrojaba a la mar a De la Cruz". Así procedió. Dirigiéndose al noroeste salió en

persecución del general. El suplente de Negrete, José Antonio Andrade asumió la jefatura política superior el 26 de junio.

De la Cruz viajó de la capital tapatía hacia Jocotán y de allí partió a Aguascalientes, donde se le incorporó el coronel Revueltas con 600 hombres; el 25 de junio se encontraba en Zacatecas reuniendo nueva fuerzas y recursos. Para el 8 julio, llegó por fin a Durango y fue recibido por Diego García Conde, comandante general de las Provincias Internas de Occidente.

Negrete le seguía de cerca. El 3 julio, el Brigadier se entrevista en Villa Encarnación con Valentín Gómez Farías; personaje nacido en la Nueva Galicia y hombre destinado a jugar un papel trascendente en la política nacional durante la primera mitad del siglo XIX. De momento encontramos al futuro presidente de la república participando activamente a favor del Plan de Iguala, proclamando la independencia en Aguascalientes y presentándose ante Celestino Negrete; quien llegó a esta villa el día 8.



Litografía de época que crea la vieja Catedral de Durango.

El Brigadier marchó hacia Zacatecas y el 4 de agosto, ya en tierras duranguenses, establecía su cuartel general en el Santuario de Guadalupe. A pesar de que Negrete les ofreció una honrosa capitulación, a fin de evitar el derramamiento innecesario de sangre, los realistas no rindieron la plaza. Como lo comentan tanto Pérez Verdía como Alamán, los hombres del general De la Cruz defendieron con heroísmo la capital duranguense, haciéndose fuertes en la catedral y en el templo y convento de San Agustín. La toma de este templo les dio la victoria a los independentistas. Lo atacaron el 30 de agosto; en el transcurso del combate resultó herido el propio Negrete. Una bala le atravesó

la mandíbula superior izquierda cuando, haciendo gala de temeridad y osadía, disparaba un cañón sobre una cerca o tapia que amurallaba el templo. El hecho enardeció a sus soldados que, con renovados bríos, retomaron la ofensiva hasta quedar dueños del valuarte realista. Al día siguiente, ondeaba la bandera blanca en la catedral. Los realistas se habían rendido. El 3 de septiembre, Negrete y Cruz firmaron la capitulación oficial de la plaza. El 6, las tropas independentistas ingresaron en la ciudad. Con este triunfo, Negrete cerró una etapa de su carrera como militar y político. Regresó a Guadalajara.

La lucha por el federalismo en el Jalisco de comienzos del siglo XIX

La Independencia de México se había consumado el 27 de septiembre de 1821. La nación daba sus primeros pasos, vacilantes y sin rumbo. En los Tratados de Córdoba, Iturbide y el último virrey, Juan de O'Donoju acordaron que México adoptaría como forma de gobierno la monarquía constitucional y el trono del naciente imperio estaría ocupado por alguno de los príncipes de la casa real española. Se hizo el ofrecimiento pero ningún noble español aceptó. Ante esta negativa, el desenlace predecible era que el pueblo aceptara, o incluso promoviera, la coronación de Iturbide.



Anónimo, Solemne coronación de Iturbide en la Catedral de México.

Día 21 de julio de 1822, imagen tomada del libro: Los pinceles de la historia. De la patria criolla a la nación mexicana, 1750-1860, Conaculta, Banamex, Aeroméxico, UNAM, 2000, p. 124.

El 20 de julio de 1822, el obispo Juan Ruiz Cabañas presidía, en la catedral de México, la ceremonia en la que Iturbide ascendía al trono. A ella asistió Celestino Negrete, no como un espectador más; él también iba a recibir un importante nombramiento. El emperador, Agustín I, lo designó Gran Cruz de la orden Imperial de Guadalupe.

El reinado de Iturbide fue corto e inestable; los gastos de la corona eran excesivos para un país empobrecido por más de diez años de guerra; sus aliados se convirtieron en enemigos, y la simpatía y gratitud popular de la que gozó fue en descenso. Como sería la constante de aquí en adelante, los inconformes se pronunciaron. En el Plan de Casa Mata se unificaron los hombres y partidos que se oponían a que Iturbide continuara reinando. Negrete entretanto esperó la mejor oportunidad para sumarse a los pronunciados. La revolución prosperaría en poco tiempo.

Con la salida de Iturbide, el poder ejecutivo quedó en manos de un triunvirato conformado por Nicolás Bravo, Guadalupe Victoria y Pedro Celestino Negrete. Era una época de agitación, pronunciamientos y guerra civil, era predecible que cualquiera de los tres elegidos tuviera que salir a combatir. Previendo dicha situación, se eligieron dos suplentes. Los designados fueron José Miguel Domínguez y José Mariano Michelena.

El nuevo gobierno optó por el modelo político centralista o conservador; es decir, sus integrantes deseaban un México unido cuyo corazón y centro de poder sería la capital.

La mayoría de las provincias aceptaron, de momento, el gobierno emergido del Plan de Casa Mata; pero, con el tiempo, muchas de ellas asumieron una actitud de desacato y, como en el caso de Jalisco, de franca rebeldía hacia los poderes de la capital. Las diputaciones locales empezaron a recelar de las autoridades capitalinas, desconfiaban del triunvirato y del Congreso general, demandando el cumplimiento del Plan de Casa Mata y la elección de nuevos diputados. Detrás de estas acciones de rebeldía y tendencias separatistas, muchos centralistas creyeron ver la mano de los desplazados iturbidistas; daban por hecho que los partidarios del derrocado emperador se habían replegado a las provincias con la intención de sabotear al gobierno central y fraguar el regreso del "Libertador".



Retrato del primer gobernador de Jalisco: Luis Quintanar.

El principal bastión de los iturbidistas parecía ser Jalisco; la entidad, en su momento, mostró una franca adhesión al emperador, después del triunfo del *Plan de Casa Mata*, sus autoridades exigieron al gobierno central, en una carta fechada el 12 de mayo, la instauración del *régimen federalista*. A estas pruebas se sumaba el hecho de que Jalisco era gobernado por dos de los más fieles partidarios de Iturbide: Luis Quintanar y Anastasio Bustamante.

Para el historiador Pérez Verdía, la acusación que pesaba sobre Jalisco, y sus autoridades, era infundada; no se estaba gestando en el estado un movimiento separatista ni sus jefes políticos conspiraban a favor del regreso de Don Agustín de Iturbide. En la capital se creía lo contrario.

En tiempos en que el centralismo parecía triunfar. Quintanar motivó a las fuerzas y voluntades de la región occidental a pronunciarse a favor de un orden más igualitario, justo y respetuoso para las provincias. Su reto encontró respuesta entre los jaliscienses, quienes en la consulta popular *El voto general de los pueblos de la provincia libre de Xalisco* le manifestaron al poder central y al resto de las provincias su ineludible deseo de convertirse en un estado libre y soberano.

El 24 de mayo de 1823, el gobierno central intentó asestarle un primer golpe al federalista y rebelde gobernador de la Provincia de Guadalajara; su ejecutor era el brigadier José Joaquín Herrera, quien salió de la capital con la orden de destituir de su cargo político a Quintanar.

Quintanar era acusado por la prensa y autoridades capitalinas de conspirar junto con Anastasio

Bustamante para regresar a Iturbide al poder. Una tropa de soldados leales a Quintanar le cerró el paso a Herrera cuando éste se disponía a cumplir sus órdenes. La guerra entre el centro y las provincias estaba declarada; Quintanar tenía que actuar con rapidez y determinación, y lo hizo. El 16 de junio de 1823, lanzó, con el apoyo de la diputación provincial, la promulgación del *Estado Libre de Jalisco* y del plan del gobierno provisional. El hecho se consumó y las represalias de los centralistas no tardaron: Negrete y Bravo recibieron la orden de aplacar los ímpetus federalistas de la Provincia de Guadalajara.

¿A quién enviar para imponer orden en el sedicioso estado? La primera opción era Pedro Celestino Negrete: militar destacado y hombre influyente en la región. El ex brigadier realista hubiera sido sin duda el hombre ideal para aquella misión de no ser por un detalle: su condición de español. El temor, hasta cierto punto fundado, de que España planeaba reconquistar México había creado un sentimiento de recelo y desconfianza hacia todos los españoles.

Negrete tuvo que conformarse con acompañar a Bravo, quien quedó al mando. Regresaba a la antes Nueva Galicia, pero ya no como libertador sino como opresor. Por órdenes de Negrete, el 4 de julio, Anastasio Brizuela tomó Colima y, con el supuesto consentimiento de sus autoridades, proclamó su separación de Jalisco y su erección como estado.



El libre y soberano estado de Jalisco, desde su proclamación comprendía estado que paulatinamente se fueron separando de él como fue el caso de Colima y posteriormente de Nayarit.

Brizuela le remitió una carta al gobernador Quintanar, con fecha del 26 de junio, donde le explicaba que tomó la decisión de separar aquel partido, no por iniciativa propia ni instigado por ninguno de los enemigos de

Jalisco, sino por petición de las autoridades y vecinos de la ciudad de Colima; ellos la promovieron, y como le dejó en claro al gobernador de Jalisco, él, al creerla justa, simplemente la secundó. Mas le advertía que si decidía atacar la demarcación que ahora, por voluntad de sus habitantes, optaba por separarse, él se hallaba, junto con el pueblo, dispuesto a sacrificar la vida en defensa de ella y de su soberanía y para tal efecto, además, contaba con el respaldo de Valladolid, quién le había ofrecido su protección.

Quintanar fue enérgico en su respuesta. Le contestó en un misiva, fechada el 2 de julio; a la letra acusó a Brizuela de no hablar con la verdad, ni actuar por petición del pueblo de Colima. Le reclamó que el movimiento separatista (al que calificaba de extraño) había sido instigado por él:

En virtud de las cartas que le tenían dirigidas los Sres. Negrete y Barragán, que es lo propio que decir, que por el contrario V. obligó al Ayuntamiento y algunos vecinos para semejante pronunciamiento, auxiliado de los discursos infundados y superficiales del cura Almoloyan y presbítero Sandoval ...

Teniendo asuntos más urgentes que atender, como el posible ataque de las fuerzas del centro, le señaló a Brizuela que podía estar tranquilo y que no se afanara en comprometer recursos y hombres en la defensa de Colima, pues no pretendía hostilizarla de ninguna forma, que antes bien estaba dispuesto a respetar la voluntad de sus habitantes y como garantía comprometía su palabra, la cual en no pocas ocasiones había comprometido sin jamás faltar a ella.



Retrato del general y político centralista Nicolás Bravo. Fuente desconocida.

El 5 de julio, el Supremo Poder Ejecutivo movilizó un ejército de dos mil hombres al mando de Bravo. Sin duda el hombre más indicado para comandar esta fuerza era Negrete: conocía el territorio y gozaba de cierto prestigio entre sus habitantes; pero, era español y la opinión pública se mostraba, en esos momentos, hostil a España; de allí que sólo acompañó a Bravo.

No tocando más por el momento el asunto de Colima, Quintanar se ocupó de hacerse fuerte en Lagos, plaza a la que llegó en compañía de una comisión de la diputación provincial. Al poco tiempo se le incorporó el brigadier Gaspar Antonio de López que salió de Silao para ponerse a sus órdenes, y lo mismo hicieron 300 hombres del regimiento de León comandados por el teniente coronel Manuel Torres y así, poco a poco, se le fueron incorporando soldados y oficiales que desertaban de los ejércitos del gobierno general para pelear por el *sistema federal*.

El gobierno de Zacatecas envió también representantes a Lagos; esta entidad, por razones parecidas a las de Jalisco, se sentía amenazada por los poderes de la capital y decidió cerrar filas con Jalisco en las negociaciones o, de ser necesario, en las hostilidades. Al parecer ninguna de las dos partes deseaba la guerra. Se acordó que Bravo enviara a tres comisionados a Lagos para entrevistarse con los representantes de Jalisco y Zacatecas. Las partes en conflicto pactaron un acuerdo de doce puntos que, tras ser revisados por Bravo, quedaron reducidos a once. Como apuntan los historiadores Santoscoy y Pérez Verdía, el más importante de los artículos del convenio fue el referente a las relaciones de obediencia y autoridad que se entablarían, bajo el sistema republicano, entre la capital y en los estados (en particular entre ésta y las entidades negociantes) con el reconocimiento de la federación. Los diputados de la comisión lo redactaron en los siguientes términos:

Las providencias y disposiciones del Congreso y del Supremo Gobierno de México que sólo interesen a los Estados de Jalisco y Zacatecas, se suspenderán a juicio de ellos, siempre que entiendan que les son perjudiciales.

Bravo lo modificó quedando su redacción final de la siguiente manera:

Las providencias que emanen del Soberano Congreso y del S. Poder Ejecutivo de la Nación, serán puntualmente obedecidas, siempre que no se opongan al sistema de República Federal.

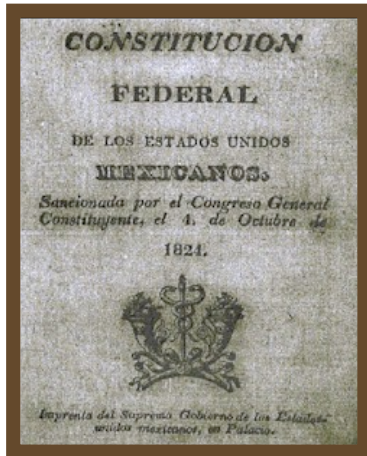
Los *Convenios de Lagos* evitaron el enfrentamiento militar. Con este logro bajo el brazo pudo regresar tranquilo el general Bravo que, haciendo una escala en Guanajuato, se dirigió a Celaya, donde quedó una fuerza como cuerpo de observación. Quintanar dejó Lagos el 22 de agosto y llegó a Guadalajara cuatro días después. Él también podía estar satisfecho; además de ganar la paz para Jalisco, consiguió que los poderes de la capital reconocieran la federación y que no insistieran en el asunto de Herrera.

Los ejércitos centralistas no tardaron en regresar y amenazar de vuelta las fronteras de Jalisco; pero en el ínter, Quintanar, la diputación y demás autoridades locales supieron aprovechar el tiempo para organizar política, judicial y administrativamente al gobierno bajo el *modelo federal republicano*.

El primer paso que dieron fue expedir una convocatoria para la formación del primer congreso constituyente local; el cual quedó integrado el 14 de septiembre y sesionaba en uno de los departamentos del palacio municipal. Entre sus miembros figuraban hombres que ya destacaban en la escena política y que estaban destinados a grandes empresas dentro y fuera de Jalisco; hombres como Juan N. Cumplido y Prisciliano Sánchez (futuros gobernadores del estado), José Justo Corro y Anastasio Bustamante (ambos llegarán a la presidencia de la República), entre otros. Las corporaciones le juraron reconocimiento a la asamblea y luego lo hicieron, a través de un escribano, los vecinos de cada parroquia. Al gobierno de Quintanar le interesaba demostrar que el pueblo de Jalisco se había definido por el federalismo y, para hacerlo patente y oficial, se levantó en todos las localidades del estado un acta de adhesión al gobierno federativo. Una vez que se integró e inició trabajos el congreso local, se tuvo que definir el futuro de su antecesora, la diputación provincial; ésta fue disuelta y sus funciones delegadas a una junta auxiliar de gobierno. Una clara muestra de la popularidad y confianza que le tributaban las corporaciones, y el pueblo en general, a Quintanar fue su ratificación como gobernador de Jalisco.

Mientras tanto, en la ciudad de México también se daban cambios: el 30 de octubre desaparecía

el Congreso General y en su lugar se instalaba el Congreso Constituyente; instancia de la que surgiría la primera constitución de México, promulgada el 31 de enero de 1824.



Portada original de la Constitución Mexicana de 1824.

A pesar de todos los cambios que se verificaron por aquellos meses, los enemigos políticos de Quintanar seguían en el poder. Negrete ya no formaba parte del triunvirato, pero continuaba siendo un militar en activo que acudiría pronto al llamado de invadir por segunda vez al estado de Jalisco; Bravo, Domínguez y Guerrero quedaron al frente del Supremo Poder Ejecutivo y existía el plan de nombrar al primero de ellos Supremo Director, lo que equivalía a nombrarlo de *facto* y forma dictador.

El régimen federalista por cuya instauración lucharon Jalisco, Zacatecas, San Luis Potosí y Querétaro, entre otros estados, no era compatible con la dictadura; si el triunvirato era visto como una instancia despótica y autoritaria, el elevar de rango a uno de sus integrantes no mejoraba la impresión que de él se tenía. La iniciativa no se consumó, pero la relación entre la capital y los estados volvió a entrar en crisis y de nuevo fue Jalisco uno de los principales blancos de las provocaciones del poder central por razones, hasta cierto punto, justificadas; pues Jalisco se había convertido en el centro de operaciones de muchos de los partidos o grupos descontentos con el poder central, no sólo de los federalistas, sino también de los iturbidistas.

Con la aprobación del congreso local, el 4 de marzo, el gobernador Quintanar nombró a Anastasio Bustamante comandante general interino de las tropas

de línea y de las milicias del estado. El poder ejecutivo de la federación ratificó la designación el 10 del mismo mes; pero ésta simplemente era una estrategia diplomática, pues dicho poder pretendía imponerle a Jalisco nuevamente a José Joaquín Herrera, no como jefe político, como en la primera ocasión, sino para sustituir a Bustamante en el mando de las fuerzas militares del estado. Para lograr esta imposición, los integrantes del triunvirato idearon toda una estrategia. De entrada, ordenaron que el número 11 de infantería, el que detuvo precisamente a Herrera en su primera visita, saliera de Guadalajara y se pusiera a las órdenes de Bravo. Esta medida obviamente tenía un doble propósito, por un lado, allanarle el camino a su enviado y por el otro, debilitar militarmente al gobierno de Jalisco. El ayuntamiento de Guadalajara, consciente de las intenciones de las autoridades federales, le pidió a Quintanar que revocara la orden. La respuesta de Quintanar fue que dicho acto rebasaba el límite de sus facultades, no podía impedir la salida de un regimiento que había servido con tanta lealtad a Jalisco.



Soldados mexicanos, siglo XIX. Imagen tomada del libro: A cien años del 5 de mayo de 1862, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1962, p. 83.

En este punto, el gobernador intentaba ser consecuente con los acuerdos y compromisos pactados en Lagos; pero, no pudo quedarse con los brazos cruzados cuando una nueva disposición del poder ejecutivo hizo aún más claras las intenciones de dicho poder. De nueva vuelta fue el ayuntamiento de Guadalajara quien puso bajo aviso a Quintanar de que el Regimiento número 4 de caballería había recibido

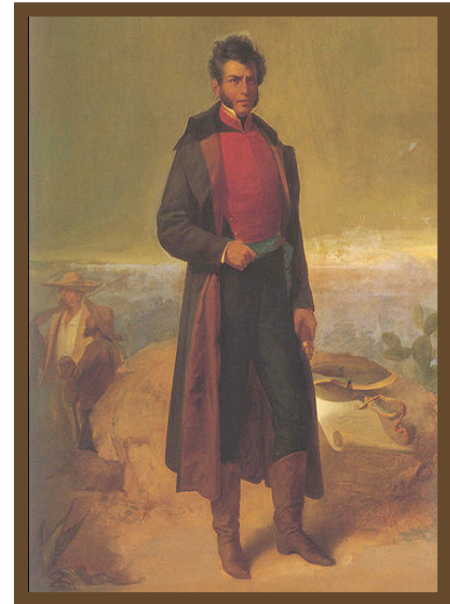
las mismas órdenes que el 11. El cabildo tapatío volvió a pedir a Quintanar que detuviera la salida de este regimiento y que además pactara una alianza defensiva con otros estados en espera de un nuevo ataque del Centro.

Esta vez el gobernador estuvo de acuerdo con el Ayuntamiento y se lo hizo saber de viva voz a su enviado y representante, José María Portugal. Quintanar tampoco estaba dispuesto en reconocer el nombramiento de Herrera y menos en cederle, por consecuencia, el mando de las tropas y milicias.

A pesar de que estas decisiones lo enfrentaban directamente con el poder central, Quintanar no descartaba por completo el alcanzar un entendimiento con el triunvirato; como lo dejó entrever al sumarse a la disposición propuesta por los diputados Paz, Lombardo y Barbosa de declarar traidor y enemigo del estado a Iturbide, siempre que se presentara en algún punto del territorio mexicano. Al mismo tiempo, el gobernador mandó publicar un bando en Guadalajara en este mismo tenor en el que además ordenó borrar: "algunos rótulos puestos en varios edificios de esta capital en honor de Don Agustín de Iturbide..." La disposición, al parecer, fue un intento fallido de Quintanar por despejar los viejos miedos y sospechas acerca de su filiación iturbidista, quizá también quiso mostrarse transigente y colaborador con sus enemigos de la capital de México.

La respuesta del centro fue enviar de nueva cuenta un ejército a las órdenes de Bravo y Negrete para obligar a las autoridades de Jalisco a obedecer las disposiciones del poder ejecutivo y del congreso.

El ejército punitivo salió de la capital el 12 de mayo y el día 29 se encontraba en Zamora. Desde esta población, Bravo envió un comunicado al congreso local en el que manifestaba que los soldados por él comandados no eran enemigos del pueblo de Jalisco, sino fieles servidores de México; por tanto, no había por qué albergar ningún miedo o desconfianza. Ante la proximidad de Bravo y de sus tropas, Quintanar le encargó, el 5 junio, la administración del estado al coronel José María de Castañeda y Medina; acto seguido, marchó a tomar el mando de las tropas acuarteladas en la hacienda de El Rosario. No sabemos el número de hombres que integraban esta fuerza, el único dato que precisan los historiadores acerca



Retrato del Anastasio Bustamante. Fuente desconocida.

de estos soldados es que eran de los llamados de línea, es decir, con preparación militar o experiencia en combate. Con ellos, Quintanar pretendía detener a los 4 mil 361 hombres que conformaban el ejército emplazado y dirigido por Nicolás Bravo.

A los pocos días llegó Bravo a la hacienda de El Cuatro, colindante a la de El Rosario. Bravo instó al general Bustamante a someterse a las órdenes del Gobierno General delegando su mando en el oficial de mayor graduación, además le mandaba replegar sus tropas a sus respectivos cuarteles. Por conducto de Herrera, envió un comunicado al congreso estatal que, en respuesta, autorizó a Quintanar a negociar con el general centralista.

Representando a sus respectivos bandos, Herrera y Bustamante discutieron los puntos de un convenio que impidiera un enfrentamiento. El documento quedó concluido el día 11 junio; en él las autoridades de Jalisco se comprometían a sostener el *sistema federal* y a obedecer la constitución. A cambio se le reconocía el derecho al gobierno jalisciense de no aceptar la imposición de un dictador o déspota, además, se asentaba el compromiso de tomar represalias militares o legales contra las autoridades y tropas locales que tomaran las armas para defender a su estado de la aparente agresión de las fuerzas federales.

Esta promesa no pasó de ser letra muerta o, más bien, un engaño o trampa en la que cayeron Quintanar y Bustamante confiados en la palabra y en el honor militar

de Bravo y Herrera. A las dos horas de ser firmado el convenio, el general centralista entró en la ciudad de Guadalajara sin aire triunfalista, acompañado sólo de su escolta; evitó las calles principales y se alojó no en Palacio, sino en el edificio de correos. Por su parte, afectado de un dolor abdominal, Quintanar se retiró a palacio, lugar donde tenía su residencia, sin sospechar que desde la capital sus enemigos movían instancias y cernían sobre su persona todo tipo de acusaciones para justificar su aprehensión.

Los esfuerzos triunfaron, la noche del 16, Quintanar y Bustamante fueron aprehendidos como simples militares desafectos al gobierno federal, ignorando su categoría de autoridades y representantes del pueblo de Jalisco, como bien apunta el historiador Santoscoy. Los trasladaron a Colima y de allí al puerto de Acapulco. Por designación del congreso local, Quintanar fue sustituido por el propio coronel Castañeda, a quién momentos antes de partir a frenar el avance de los centralistas había sido dejado a cargo de la administración del estado. Su periodo sería breve. El 3 julio le cedió el poder al licenciado Rafael Dávila, quien lo asumió con el nombramiento de vicegobernador.

Hay aquí un punto importante a aclarar. ¿Por qué se le nombró a Rafael Dávila vicegobernador y no gobernador? La razón honrar a Quintanar, un personaje que en su tiempo supo granjearse el reconocimiento del pueblo y las autoridades jaliscienses. Hasta el 18 de agosto de 1824 el cargo de gobernador se le siguió reconociendo a Quintanar, incluso con goce de sueldo, tal medida era una acción de repudio a su arbitraria destitución por parte de sus enemigos. La medida tenía un carácter más simbólico que efectivo, pues el defensor del federalismo no podía cobrar un solo centavo de su sueldo y menos ejercer algunas de sus funciones como ejecutivo del estado por encontrarse en prisión. La lista de vicegobernadores terminó con Juan N. Cumplido; su sucesor, Prisciliano Sánchez, por fin pudo jurar como gobernador el 24 de enero de 1824, tras obtener la mayoría absoluta de los votos del congreso local.



Grabado de la efigie Prisciliano Sánchez.

Bibliografía

- Alamán, Lucas. Historia de México. Tomo V. Jus. México, 1990.
- Alberto Santoscoy. Obras completas. Tomo I. Guadalajara, Jalisco, UNED, 1984.
- Agraz, Gabriel García de Alba. Jalisco y sus hombres. Guadalajara, Jalisco, 1958.
- Arrangoiz, Francisco de Paula. México desde 1808 hasta 1867. Porrúa. México, 2000.
- Bocanegra, José María. Memorias para la historia de México independiente 1822-1846. Tomo II. Gobierno Federal, México, 1892.
- Muriá, José María, Historia de Jalisco. Tomo II. UNED. Guadalajara, México, 1981.
- Olveda, Jaime. La política de Jalisco, durante la primera época federal. Poderes de Jalisco. Guadalajara, México, 1972.
- Pérez Verdía, Luis. Fray Antonio Alcalde, Prisciliano Sánchez. Biografías. Universidad de Guadalajara, 1981.
- Pérez Verdía, Luis. Historia del Estado de Jalisco. Gráfica. Guadalajara, México. 1952.
- Rivas Palacio, Vicente (coordinador) México a través de los siglos. Tomo VII. Editorial Cumbre. México.
- Urzúa Orozco, Aída (compiladora) Jalisco Testimonio de sus Gobernantes 1826 – 1879. Tomo I. UNED. Guadalajara, México, 1987.
- Villaseñor y Villaseñor, Ramiro. Los primeros federalistas de Jalisco 1821-1834. Guadalajara, México, 1981.

